

CICLO DIÁLOGOS ARGENTINOS**HONORABLE CONCEJO DELIBERANTE****22-07-00****- 1 -****APERTURA Y PRESENTACIÓN**

-En la ciudad de Mar del Plata, Partido de General Pueyrredon, a los veintidós días del mes de julio de dos mil, reunidos en el recinto de sesiones, con la presencia de autoridades municipales, invitados especiales y público en general, y siendo las 17:40, dice el

Sr. Presidente: Buenas tardes a todos. Les agradecemos su presencia, espero que estén cómodos en nuestro recinto y le agradecemos también a Norma la distinción que nos ha dado en acompañarnos en esta tarde para continuar con este ciclo que ya hace más de un año y medio ha iniciado el Concejo Deliberante, que se denomina Diálogos Argentinos y que muchos de ustedes en otras oportunidades nos han acompañado. Hemos tenido la suerte de contar con destacados compatriotas en toda las ramas, el arte, el periodismo, la literatura, del teatro y hoy nos acompaña Norma Aleandro. No voy a ser yo quien la presente, seguramente Ramella va a hacer una gran presentación y la va a acompañar a ella en este diálogo que van a mantener con todos ustedes. Nuevamente en nombre del Concejo Deliberante les agradecemos su presencia, por confiar en nosotros, por venir a este recinto donde no solamente discutimos las cosas de la ciudad sino que también debe servir para que quienes tengan la voluntad de venir a la Municipalidad puedan compartir este rato con amigos nuestros -que a partir de ahora van a ser amigos de todos ustedes- y poder mantener un rico diálogo, una linda charla y conocer algunas cosas que quizás en la pantalla o en las tablas de un teatro no las podamos conocer. Muchísimas gracias por estar con nosotros. Nino, tenés la palabra.

Sr. Ramella: Yo no quiero defraudar al Presidente, pero tampoco quiero cometer el error de un amigo que una vez tuvo como misión presentar a Borges y comenzó leyendo su currículum. De manera tal que lo único que yo puedo hacer para presentar a Norma Aleandro es decirles “señoras y señores, está Norma Aleandro con nosotros”. Nada más.

-Nutridos aplausos de los presentes.

- 2 -**DIÁLOGO CON NORMA ALEANDRO**

Sr. Ramella: Lo que va a ocurrir a partir de este momento no puede preverse, porque la única cosa que hemos acordado hace cinco minutos era no acordar nada, de manera tal que esperemos no sea caótico pero así lo hemos convenido. En principio -y para comenzar a dialogar con Norma- se me ocurre preguntarle cómo es el mundo de una persona que nace en un hogar donde el teatro es -yo supongo- el meridiano de la vida cotidiana: hija de actores, esposa, madre y hermana de actores. Pareciera que era una familia donde las profesiones burguesas, un abogado, un bancario no se conocía. ¿Cómo se vive en una familia tan singular?

Sra. Aleandro: Les quiero agradecer la presencia de todos ustedes, aquí, esta tarde. Bueno, yo no lo vivía como algo exótico, de afuera debía resultar así. Lo que yo sí te puedo decir es que recién a los veintiséis años empecé a tener amigos “civiles”, como los llamaban la gente de teatro a los que no eran de teatro. Empecé a enterarme de cómo vivían sus vidas la gente que no era ni directores, ni autores o actores y me sorprendía muchísimo, así como a ellos les sorprendía este tipo de vida que

habíamos llevado en una casa donde de lo único que se hablaba era de teatro. Incluso cuando yo era chica, el mundo del teatro estaba bastante dividido del mundo del cine; la gente de teatro consideraba a la gente de cine como estrellas, pero no actores. Había una división bastante grande que después se fue borrando con el tiempo porque incluso muchos actores de teatro han trabajado en cine, pero no se veía bien, lo que había que hacer en la vida era teatro. Y decidí a los trece años hacerlo profesionalmente; ya había empezado muy pequeña haciendo el ángel en la Pasión de Cristo, todos los años en Semana Santa con mis padres, cuando empecé tendría cinco años -alas mediante- y lo hice hasta los once que decidí no ponerme más el vestido de angelito y hacer la escena del Monte de los Olivos. Ahí fue donde decidí hacerlo profesionalmente. Mi padre quería que siguiera estudiando, yo le prometí que iba a seguir estudiando, pero que iba a seguir haciendo teatro y seguí por mi cuenta estudiando, empezando profesionalmente a los trece. Durante muchos años tuve la sensación de que había sido por falta de imaginación, por no conocer otras profesiones u otras posibilidades y con el tiempo me di cuenta que era lo que más me gustaba en la vida y con los años lo fui confirmando.

Sr. Ramella: ¿Qué tipo de teatro hacían tus padres?

Sra. Alejandro: Era una forma de teatro muy distinta a la de ahora. Nosotros veíamos muy poco a mis padres; nos crió mi abuela, aunque vivíamos con ellos y mi abuela, porque viajaban todo el tiempo, se hacían muchas giras. Se salía en gira por las provincias desde Buenos Aires y duraban uno o dos años y nosotros no íbamos con ellos, hacíamos vida de colegio. Y cuando estaban en Buenos Aires, después de la última función (que en general se hacían cuatro o cinco funciones por día) ensayaban porque tenían unos repertorios muy amplios y muy variados: hacían desde Discépolo a Shakespeare, pasando por Dostoievsky o Chejov, hacían de todo, hacían sainete argentino, teatro contemporáneo y clásico.

Sr. Ramella: ¿Y a veces hacían dos funciones distintas en el mismo día?

Sra. Alejandro: Exactamente, y no dos sino cuatro. Tenían al lado de los espejos -que a mí siempre me maravillaba cuando entraba a los camarines de mis padres- una larga lista, donde ponía “peluca tal, tal traje, tal media”, para no equivocarse de personaje cuando terminaban con una obra y se tenían que estar cambiando para la otra y había pasado de vestirse de gaucho y tener que salir a hacer un Shakespeare, por ejemplo.

Sr. Ramella: Norma, además de la vocación y aún considerando tus estudios, ¿tomás algo del estilo de tus padres, aprendiste una forma de encarar la actividad?

Sra. Alejandro: Sí, de ellos recibí una herencia hermosa en cuanto al amor al teatro y también un sentido místico del teatro. Ahora lo estoy entendiendo mejor cuando ellos y la gente grande de teatro nos decía “actuar es un sacerdocio y el teatro es sagrado”; nos parecían frases rimbombantes cuando éramos jóvenes, pero con los años lo considero así y creo que si no hay una mística para hacer teatro, no vale la pena subirse al escenario.

Sr. Ramella: Hay un ser adorable, maravilloso, que tuve el placer de conocer un verano, que contagia una energía increíble y se llama María Luisa Robledo, que es la madre de Norma y que tiene ¿cuántos años, Norma?

Sra. Alejandro: Ochenta y siete, cumple ochenta y ocho este año y está haciendo un CD con su repertorio de poesías del siglo de oro español, del barroco y los contemporáneos españoles.

Sr. Ramella: Quedó en el recuerdo de mucha gente que tiene hábito por el teatro, un papel memorable que hizo María Luisa Robledo, en “La casa de Bernarda Alba”, el papel de La Poncia, dirigida por Alejandra Boero, donde el comentario de la crítica de esa temporada fue el papel maravilloso que hizo. Norma, los actores en general tienen por delante la exposición de la actividad permanente, pero cuando además de ser actriz se es como sos vos -esto es, el paradigma de la excelencia en el teatro de un país- esa exposición es todavía más dura, es decir, cuanto más miedo a equivocarse o a jugarse por algo. ¿Cómo se vive eso?

Sra. Alejandro: A mí siempre me dio miedo a equivocarme, eso viene conmigo desde siempre. Lo que dijiste es muy bello, pero no me corresponde. Lo que sí siento es que con los años no ha variado aquel ánimo para hacer las cosas, pero también el temor a no saber hacerlas cada vez que enfrente un nuevo personaje o una nueva obra. Los directores que ya me conocen y hemos trabajado juntos, siempre me consuelan y me dice “ya te va a salir, no te preocupes tanto”, pero siempre me parece que es empezar de nuevo. Es no saber hacia dónde va uno, que creo que es la parte también bella de nuestro trabajo de creación, que uno de verdad no sabe por dónde va a encontrar a esa otra persona que es un personaje: si va a empezar a encontrarlo por su forma de expresarse, por sus pensamientos, por su comportamiento o por un alma que de pronto uno le encuentra. Uno no sabe nunca qué va a pasar, creo que pasa lo mismo con la música; los músicos nunca saben cómo van a llegar a transmitir eso que otro escribió y ellos tienen que recrear y volver a crear para que suene, para que vuele.

Sr. Ramella: ¿Es el mismo miedo tanto se trate del cine que del teatro?

Sra. Alejandro: No, el cine a mí siempre me parece una beca, es más fácil.

Sr. Ramella: A lo mejor de ahí aquel criterio de que el teatro era algo serio puede ser debido a eso, en algún sentido todavía hay gente que piensa eso.

Sra. Alejandro: Lo que pasa es que un actor que es nada más que de cine muy difícilmente pueda hacer teatro; en cambio un actor de teatro sí puede hacer cine porque hay una preparación para ser actor de teatro que es mucho más compleja que para hacer cine. El cine es mucho más del director como creación, tiene en sus manos la creación de la película mientras la está filmando, pero también después en edición y para el actor son breves instantes las escenas, que pueden ser repetidas hasta el infinito hasta que aquello salga como se supone que tiene que salir o como el director quiere que salga o el actor pide otra toma. Eso en el teatro no existe, no existe el futuro, es un presente permanente y creo que eso es lo que tiene de bello con relación al público y a lo que le pasa a uno. Esa famosa comunión en el escenario con el público porque todo está sucediendo ahí, es un hecho único, apenas termine la función no va a volver a suceder, porque aunque al día siguiente se haga la misma función es distinta, uno no está igual, el público no es el mismo, uno no puede reinventar lo que ayer hizo, tiene que volver a crearlo en el momento y eso no pasa en el cine. No tenés esa conexión con el público, esa enorme energía que viene desde la platea y que uno tiene que llevar desde el escenario hacia la platea, no existe el momento único. Eso es lo que tiene el teatro, que si uno no está arriba del escenario no es actor; en cambio en cine quedó la película.

Sr. Ramella: A mí siempre me resultó muy misterioso cuando alguien hace temporada y comenta ¡qué buena función hoy!, o ¡estuvo el público fantástico!, o ¡qué público duro! y el profano -como uno- ve que hay público sentado en una butaca que por lo general no habla ni dice nada. ¿Cómo es el mecanismo tan increíble de percepción de la energía?

Sra. Alejandro: Es que es así, cuando estás acostumbrado a trabajar frente al público llega un momento que reconoces la energía que viene desde allí y es fuertísima y está llena de intenciones.

Es muy raro lo que pasa y es muy difícil de explicar, pero cuando uno logra algo sobre el escenario y se logran esos momentos únicos que uno dice “bajó el ángel”, no está del todo orgulloso por haberlo logrado porque sabe que no logró solo: se ha logrado con los compañeros, pero se ha logrado con el público, aunque no hable y es una presencia muy fuerte. Esa famosa cuarta pared no existe, fue un error inventar el dicho de la cuarta pared porque lo que hay es una cantidad de gente dispuesta a una celebración muy particular. Hay gente que suspende su realidad de todos los días durante una hora y media o dos horas para hacer algo muy raro que es comprar antes de saber. Compra una ilusión, un sueño y se sienta en la platea y espera que uno se lo brinde con un estado de inocencia muy maravilloso, porque si uno entra y dice “yo soy el rey”, ellos lo creen y es algo que únicamente cuando éramos chicos lo vivíamos, cuando jugábamos, pero la gente grande y seria dejó de jugar, salvo los actores. Entonces tenemos el privilegio de este hermoso oficio, de poder seguir jugando y un público que se atreve a suspender sus problemas, sus alegrías, su realidad, para venir al teatro a vivir otra realidad.

Sr. Ramella: Siempre hay un fenómeno misterioso en el teatro que llama la atención y que no creo que se haya podido desentrañar, que hace que una pieza de pronto tenga una media exacta durante tres meses, si le va más o menos mal, tiene 55 o 65 personas, que hace para que la gente se ponga de acuerdo.

Sra. Alejandro: Es un misterio pavoroso que no lo sabremos nunca nadie, porque cuando un teatro está lleno y tiene 1.000 localidades no se quedan afuera 7.500 personas, se quedarán veinte. Es así y no se sabe por qué.

Sr. Ramella: Todos sabemos las posibilidades, la trayectoria y la trascendencia que ha tenido tu trabajo en el exterior. Hemos sabido también del tiempo que has trabajado allí y de las ofertas de trabajo. ¿Por qué la elección de quedarse en el país?

Sra. Alejandro: Porque cuando me fui de mi tierra no me fui porque quise; tuve un exilio de cinco años y creo que fue lo más doloroso que me pasó en la vida. Quiero vivir donde tengo el corazón y el corazón lo tengo acá. Trabajé en Hollywood por casualidad, no era mi proyecto; no estoy arrepentida de haberlo hecho y me sirvió muchísimo. Después del exilio hicimos “La historia oficial”, pasó lo que pasó, me ofrecieron trabajo allí (acá no tenía trabajo) hasta que decidí rearmar cosas de teatro para poder quedarme y trabajar en mi tierra. No soportaba estar fuera más tiempo, aunque se tratara de ir y volver continuamente me gusta trabajar aquí. Esto no quita que de tanto en tanto pueda ir a trabajar por algún lado en el mundo pero por un lapso corto de tiempo. Me quedo sin ganas de trabajar cuando estoy afuera.

Sr. Ramella: Vamos a decir que el exilio fue motivado por un episodio muy violento que a lo mejor nos poder recordar ahora.

Sra. Alejandro: Estaba haciendo este mismo espectáculo que estoy haciendo ahora -que entonces era distinto porque ha ido cambiando con los años- en un teatro de la calle Corrientes que acababa de inaugurar cuando me pusieron una bomba de gases lacrimógenos en el teatro y esa misma noche, a las tres de la mañana, una bomba de explosivos en mi casa y una amenaza para que me fuera en 24 horas. Me fui en seis horas. Me fui a Montevideo, porque no tenía la documentación en regla para poder viajar más lejos y además donde tenía amigos. A mi marido, a mi hijo y a mí nos recibió Mario Morgan, que está aquí y es un amigo de toda la vida y la gente de Montevideo nos abrazó. Digo que cuando uno esté herido que vaya a Montevideo que allí te saben curar.

Sr. Ramella: ¿Y por qué no te quedaste allí?

Sra. Aleandro: Me quedé un año y no me quedé más porque no me daban el documento. Cuando me lo dieron ya teníamos más o menos planificado ...

Sr. Ramella: O sea que te echaban pero no te ayudaban a irte.

Sra. Aleandro: No, querían que volviera a Buenos Aires a buscar los documentos pero no volví.

Sr. Ramella: Tal vez sea interesante que también el público comparta alguna inquietud o pregunta con Norma. Sí, señor, cómo no.

Sr. Agüero: Mi nombre es Domingo Agüero, Norma me conoce ...

Sra. Aleandro: Cómo te va!

Sr. Agüero: Muy bien. Debutamos en “El Hospital de los locos” y no sé si hemos salido de ahí ...

Sra. Aleandro: (Risas) No, me parece que no hemos salido. Es cierto, lo hicimos en el atrio de la Catedral de La Plata.

Sr. Agüero: Exacto. Te quería hacer una pregunta vinculada a eso. Vos recordarás que en ese espectáculo trabajaba mucha gente (la orquesta sinfónica que dirigía Mariano Drago, la escuela de danzas que dirigían María y Ángeles Ruanova, etc) pero lo que quiero señalar es que hablábamos mucho de desocupación en la Argentina y Mar del Plata tiene una gran desocupación. Yo creo que el teatro puede aportar, por medio de los organismos que corresponda, a generar trabajo. Por ejemplo, en 1948 se montó un auto sacramental de Calderón, “El gran teatro del mundo”, dirigida por Enrique Tesussini y yo trabajé en una comparsa. Esas comparsas daban trabajo a sesenta o setenta personas por comparsa y eran los gremios “medievales”, es decir, zapateros, sastres, herreros, albañiles, etc y ese trabajo se pagaba y a la gente de la comparsa se le pagaba como extra. Pienso que estas cosas se pueden reiterar, es decir, esta chance del teatro de dar trabajo a mucha gente, que a lo mejor no es de teatro pero que le gusta, que participa y se gana un peso a través de este trabajo, como los que lo ganamos los que integramos aquella vez las comparsas.

Sra. Aleandro: Es verdad, se hace poco teatro clásico además.

Sr. Agüero: Claro. Entonces estos grandes espectáculos movilizan porque acá tenemos una orquesta sinfónica, acá tenemos coros y cualquier cantidad de compañeros actores desocupados y gente de distintos gremios también desocupados que también pueden formar parte de esto. Si se monta un espectáculo con un grupo de actores que le den jerarquía por supuesto –no podemos hacer un gran espectáculo sin grandes actores, esto es claro- es probable que tengamos un público, que tengamos sponsoreo, etc y que podamos generar transitoriamente -en verano aunque sea- una fuente de trabajo importante.

Sra. Aleandro: Acabás de dar una buena idea me parece.

Sr. Agüero: Eso es lo que te quería preguntar, si te parece bien.

Sra. Aleandro: A mí me parece bárbaro, me parece excelente la idea.

Sr. Valpuesta: Mi nombre es Julio Valpuesta. Aquí en Mar del Plata nosotros hacemos anualmente un encuentro entre la Iglesia y el mundo del teatro. ¿Qué le sugiere eso?

Sra. Aleandro: ¿Cómo es eso? Cuénteme un poquito más.

Sr. Valpuesta: Le cuento. En realidad, tomando la línea del Papa Juan Pablo II que decía que los cristianos muchas veces nos ponemos, con relación a los medios de comunicación social y particularmente con el mundo del espectáculo, en críticos y no en espectadores y lejos de entablar un diálogo para crear belleza, comunicar verdad, el hacer más agradable la vida del espíritu, nos oponemos, nos criticamos y no nos comunicamos. Bajo ese espíritu, un sacerdote muy culto que tenemos aquí que es miembro de la OCIC, padre Hugo Segovia, le sugirió al entonces obispo de Mar del Plata Rómulo García la posibilidad de hacer un encuentro en verano y Nino sabe como funcionario de Cultura cuántos espectáculos tenemos en Mar del Plata. La iglesia le propone a los actores encontrarse para compartir un momento, charlar, discrepar, consensuar. Pero dígame usted, que es una actriz de porte, de genes, qué le sugiere y que nos propondría para continuar en ese camino.

Sra. Aleandro: A mí me parece interesantísimo que la Iglesia también se acerque al teatro, es más, la Iglesia tiene un género de teatro que son los autos sacramentales. Pero más allá de eso -que es muy específico y fue escrito para una fecha determinada- el teatro es una forma muy antigua de expresarse que tiene el hombre, de vivir sus angustias, de compartir sus sentimientos, de solidarizarse con situaciones de vida, desde los más remotos clásicos a los contemporáneos. Bien vale la pena que eso pueda ser compartido con una Iglesia como la católica, con otras también sería bueno hacerlo. Me parece que es beneficioso para todos, tanto para el que está dentro de la Iglesia como para la gente que no se ha acercado a ella y también para el que no se ha acercado al teatro. Los encuentros, cuando son hechos con buena intención suman, así que me parece una muy buena idea.

Sra. Traverso: Mi nombre es Liliana Traverso, soy de la Patagonia y una hacedora teatral. Casualmente me encuentro aquí. Usted habló de ese miedo en la búsqueda del personaje; mi pregunta es qué métodos usa para la composición del personaje, ¿usa distintos métodos de trabajo?

Sra. Aleandro: Sí. Hace muchos años que abandoné lo que se llama la memoria emotiva porque me parecía francamente dañina. Me enfrenté -de buena manera, por supuesto- con muchos compañeros porque en una época aquí se usó y se usa todavía. Yo doy clases y no las doy precisamente con ese método. Siempre me pareció que crear era más difícil que el uso de la memoria emotiva y la memoria emotiva trae un perjuicio muy grande: ya es un trabajo bastante esquizofrenizante el nuestro como para hacerlo todavía más esquizofrenizante usando la vida privada de uno para armar un personaje. Me parece mucho más bello como creación crear a partir del conocimiento que tiene uno de la obra, del análisis de la obra, de las premisas que da el autor y a partir de ahí “inventar” una persona. “inventarla” absolutamente, por supuesto respondiendo al comportamiento que nos exige esa partitura. No tengo una manera de abordar un personaje, nunca es igual, nunca sé por dónde. Sí hay una técnica -que la uso obviamente- pero la técnica sirve únicamente para sentirse más seguro en cuanto a cómo se va a mover uno, cómo va a largar la voz en el escenario. Pero más allá de eso la búsqueda siempre es angustiosa hasta que uno más o menos vislumbra por dónde puede ser que vuele esa persona que uno está inventando.

Sra. Saraví: Norma, qué tal, mi nombre es Andrea Saraví. Quisiera que cuentes -porque me parece que dentro de lo trágico hay que destacar la comicidad con la que lo contaste- qué fue lo que persiste en tu valija el día que partiste en menos de seis horas a tu exilio. Me parece un detalle digno de contar. La otra pregunta es cómo llegaste a lograr ese personaje de “Las pequeñas patriotas”.

Sra. Aleandro: Después de la bomba salí corriendo y lo que puse en la valija fueron cinturones, un par de medias, nada que me pudiera poner, cuando abrí esa valija nada me servía. Estaba un poco

“distráida” cuando la hice. Cuando armamos “Las pequeñas patriotas” nos pasó algo muy divertido porque los Amigos del Teatro San Martín siempre juntan fondos y hacen cada tanto una función, que la venden carísima y les piden a los actores que hagan algo. Ese año, Tita Tamames -presidenta de la Fundación Amigos del Teatro San Martín- me pidió que haga algo. Cuando empecé a ver qué preparaba, Adriana Aizemberg -amiga mía de toda la vida y actriz también- también estaba preparando algo y le dije “juntémonos a ver si nos sale algo más divertido” porque ensayar solo es algo muy aburrido. Empezamos a charlar, a ver qué podíamos hacer y nos dimos cuenta que en el colegio -a pesar que no fuimos juntas, ella es santafecina y yo soy porteña- habíamos padecido más o menos las mismas “atrocidades”, que eran las fiestitas de año o las fiestas patrias. En esas fiestitas de fin de año las maestras, las directoras, quieren que todo salga muy bien, los chicos estábamos muertos de miedo, de pronto hacíamos cosas que no sabíamos cómo resolverlas, tampoco las maestras nos sabían decir cómo resolver esas situaciones escénicamente y terminaban siendo esos actos que he comprobado con los años que siguen igual. Tengo un nieto y cuando voy a los actos que hace mi nieto en el colegio veo que son iguales que los que hacía mi hijo y que los que hacía yo en la escuela. Entonces, con Adriana empezamos a inventar este espectáculo de las “patriotas”, que transcurre en un fiesta patria, en el patio de un colegio, con una maestra de música que toca el piano y nosotras haciendo cancioncitas, versitos y marchitas. Le pedimos a Elena Tritei, que es una gran directora y amiga desde chicas, que nos dirigiera y armamos ese extraño espectáculo donde hacíamos de dos niñas pequeñas, que lo vamos a volver a hacer porque amamos mucho ese espectáculo las tres

Sr. Ramella: Espectáculo que conoció Mar del Plata en nuestro queridísimo Teatro Colón por cierto.

Sra. Aleandro: Sí, con Lino Patalano lo armamos. Fue hermoso armar ese espectáculo, lo queremos mucho porque no es una burla, es un recuerdo de cosas cómicas, que es lo que sucede en un escenario cuando los niños están allí y las maestras desde abajo hacen fuerza para que todo salga bien, las cosas se enredan y salen mal. Ese es un poco el tono y el payaso que hicimos con Adriana en “Las pequeñas patriotas”.

Sr. Ramella: Me voy a arrojar la última pregunta y tiene que ver con que en este encuentro de Norma Aleandro con Mar del Plata el plato fuerte va a estar esta noche en el teatro Auditorium. Me gustaría una pequeña referencia sobre lo de hoy por dos motivos. Primero, porque me dijiste que es el espectáculo por el cual te pudieron la bomba -esperemos correr mejor suerte hoy- y segundo, porque dijiste que te resulta tremendamente aburrido ensayar unipersonales. Quienes quieran seguir disfrutando a Norma Aleandro tienen esta noche en el Auditorium una excelente oportunidad y quisiera que norma finalice esta charla contándonos de qué se trata.

Sra. Aleandro: Bueno, abordo el amor pero con humor, contando sobre los amores prestigiosos, los amores sin prestigio, las pasiones que creemos que nos dominan y las otras que no nos damos cuenta pero nos dominan. Elegí para ello a varios autores como Vargas Llosa, García Márquez, Lope de Vega o Baltasar del Alcázar, y textos míos, tratando de ver con humor eso que tanto placer nos da, tanto sufrimiento nos da, que es universal y que por suerte sigue existiendo que es el amor. Cambió mucho el espectáculo, tenía otra línea, si bien el tema siempre era el amor pero el amor tomado con humor ...

Sr. Ramella: Merece una bomba, claro...

Sra. Aleandro: (Risas) No, entonces era más dramático el espectáculo. Eso es lo que ha ido cambiando. Ensayar sola sí que es aburrido porque siempre pensé que el teatro lo hago por mí, con

el compañero, para el público pero cuando uno está ensayando -que no está el público, que es para quien uno lo hace- está el compañero, que es con quien uno lo hace ...

Sr. Ramella: Podemos resolver eso. Cuando Norma tenga que encarar un nuevo espectáculo unipersonal, muchos de nosotros podemos ser voluntarios y acompañarte desde el inicio de los ensayos y resolvés el tema.

Sra. Aleandro: Eso es otra cosa, es una buena propuesta, me la llevo. Lo que sí es divertido es hacerlo. Una vez que estoy arriba del escenario ya no están los compañeros pero está el público, que es con quien hacemos el espectáculo. Si bien no hago trabajar al público -no es mi estilo- sí compartimos y hay toda una complicidad que se arma con el público.

Sr. Ramella: ¿Me ayudan a decirle gracias a Norma Aleandro?

-Nutridos aplausos de los presentes.

Sra. Aleandro: Gracias a ustedes.

Sr. Ramella: En la continuidad de esta tarde-noche queda con ustedes el Presidente del Concejo Deliberante. Muchas gracias.

Sr. Presidente: Queremos hacerte entrega, Norma, de un Decreto de nuestro Concejo Deliberante que te nombra "Visitante Distinguida" de nuestra ciudad para que nos sigas visitando continuamente y hacerte entrega además de un pequeño regalo.

-El señor Presidente del Concejo Deliberante hace entrega de los presentes a la señora Norma Aleandro, en el marco de nutridos aplausos.

Sra. Aleandro: Quiero agradecer porque es un honor muy grande esto que han hecho conmigo en esta ciudad que tanto y les agradezco a ustedes haber estado aquí esta tarde. Muchas gracias.

-Es la hora 18:15